

Guerra Civil y posguerra en la Alpujarra Alta granadina a través de la memoria oral

Miguel Ángel Carvajal Contreras

Universidad de Granada

macarvajalcont@gmail.com

RECIBIDO: 18 marzo 2019 • REVISADO: 4 febrero 2020 • ACEPTADO: 21 febrero 2020 • PUBLICACIÓN ONLINE: 30 junio 2020



RESUMEN

En el presente artículo se tratarán aspectos relacionados con la vida cotidiana durante la Guerra Civil y la posguerra, así como la memoria social de esta época, mediante una perspectiva histórica y antropológica. Esto se realizará a través de testimonios orales registrados en pueblos de la Alpujarra Alta granadina a personas nacidas entre 1927 y 1943, a las que el autor ha entrevistado en los últimos años. Se abarcarán aspectos que van desde la represión y la lucha antifranquista hasta las formas de paliar el hambre, el estraperlo o el racionamiento.

Palabras clave: Guerra Civil, posguerra, campesinado, memoria oral, Alpujarra.

ABSTRACT

In this article I will deal with aspects related to daily life during the Spanish Civil War and the Spanish postwar period, as well as with the social memory of this period, from a historical and anthropological perspective. This will be done by means of oral testimonies registered from people, born between 1927 and 1943, in villages in the High Alpujarra. The author has interviewed these people in the past few years. I will deal with issues ranging from the repression and anti-Franco fight to the ways of reducing hunger, and also to the black market and rationing.

Keywords: Spanish Civil War, postwar period, peasants, oral memory, Alpujarra.



1. INTRODUCCIÓN

En el presente texto presentamos una serie de consideraciones acerca de la importancia de la memoria oral, y en consecuencia de la historia oral basada en dicha memoria, para la labor investigadora historiográfica y antropológica, en tanto que las fuentes orales competen a ambas disciplinas y como punto en común se puede establecer en torno a las mismas un fructífero diálogo interdisciplinar, que ayude a romper barreras y que resultará sin duda beneficioso tanto para historiadores sociales como para antropólogos.

La memoria oral, aunque no suponga un recurso estrictamente documental, ya que no siempre se corresponde, como ocurre habitualmente con otra clase de fuentes, con los hechos históricos tal y como acontecieron¹ sino más bien con cómo fueron percibidos o cómo han sido transmitidos, sin embargo sí puede sernos realmente útil a la hora de observar cómo se construyen y se reconstruyen los recuerdos ligados a dichos hechos y pueden aportarnos datos de gran interés acerca de elementos cotidianos que de otra forma no serían tan accesibles para nuestro conocimiento, y que pueden ser complementados con información documental escrita. Si bien las fuentes orales pueden aportarnos detalles sobre algunos aspectos que no se encuentren documentados. Esta metodología ha sido utilizada por algunos historiadores y antropólogos durante las últimas décadas, e incluso en algunos casos desde los años treinta del siglo pasado, especialmente en el ámbito norteamericano.

En este artículo presentamos una visión general sobre la historia oral en las investigaciones sobre España y a la misma seguirá el estudio de caso comarcal que hemos venido estudiando, la memoria oral de la Guerra Civil y la posguerra en la comarca de la Alpujarra, especialmente en la Alpujarra Alta granadina, a través de entrevistas a vecinas y vecinos de varias localidades de esta zona. El trabajo de campo se ha realizado en las localidades de Cáñar, Torvizcón, Capileira, Capilerilla (Pitres) y Trevélez. Al estar enmarcadas dentro de lo que conocemos como Alpujarra Alta o Alta Alpujarra, se han seleccionado para esta ocasión los testimonios de vecinos de las tres últimas localidades mencionadas. Las referencias a los informantes serán el nombre de pila, el lugar y el año de nacimiento. Se tratarán aspectos diversos como la represión, el control institucional, la educación, la religión, el ámbito festivo, la alimentación, el hambre, el racionamiento o la resistencia antifranquista. Los informantes pertenecen a un estrato social medio, habiéndose dedicado en el caso de los hombres a las tareas

¹ El debate sobre esta cuestión se podría enriquecer añadiendo la idea de que los testimonios orales constan de un valor más en relación con el conocimiento de la vida cotidiana de un grupo durante una época que con la veracidad historiográfica *stricto sensu*. Esto se debe a que en ocasiones la memoria puede ser frágil, si bien no obsta para que podamos dar una buena dosis de veracidad a aquello que se nos trasmite oralmente, especialmente cuando los hechos han sido vividos en primera persona por la persona a la que entrevistamos.

agrícolas y en el caso de las mujeres a las domésticas, siguiendo el patrón de la división del trabajo por géneros tan habitual en la época en la España rural.

Los objetivos de este artículo son mostrar cómo la memoria oral puede ser una aportación de suma relevancia para conocer la vida cotidiana en un territorio durante una época del pasado, en nuestro caso del siglo xx (dado que se trata de una memoria que poseen las personas el acceso a la misma se realiza durante la vida de éstas y puede accederse también posteriormente a través de las grabaciones y transcripciones de las entrevistas realizadas), sirviendo como complemento a la información que un investigador puede hallar en los archivos y fuentes documentales, así como suponiendo un nexo entre la historia social y la antropología, y poner en valor la voz de las personas en la construcción de la narrativa historiográfica mediante su contribución al conocimiento del pasado, así como un reconocimiento a las generaciones pasadas que vivieron en las zonas rurales durante épocas duras y cuyas vivencias no han sido tenidas especialmente en cuenta hasta fechas relativamente recientes². Historiografiar lo local es algo que está cobrando relevancia, dado que nos permite alcanzar una comprensión más detallada del transcurso de un período histórico y la vida cotidiana durante el mismo no solamente a grandes rasgos en un conjunto nacional sino en las diversas localidades, comarcas y regiones, por lo que este tipo de investigaciones se hacen necesarias para la disciplina historiográfica³. Se parte de la hipótesis de la necesidad de acercarnos a estos testimonios orales para alcanzar una comprensión más precisa del discurrir cotidiano de la vida de los habitantes de una zona durante una época de su pasado (en este caso se ha elegido por su relevancia en el devenir del siglo xx la Guerra Civil y la posguerra), y poder observar cómo los informantes recuerdan aquellos años con el paso del tiempo. El presente texto posee la originalidad de acercar al lector a una memoria de carácter social y cultural de la época en la comarca alpujarreña, sobre la cual no existen demasiados textos que nos ofrezcan una visión de cómo era la vida durante el conflicto y la posguerra en dicha zona y cómo sus habitantes la vivieron en su día a día.

En lo que respecta a la metodología utilizada en esta investigación, se han primado las fuentes orales con el objetivo de poder acercarnos, como antes comentábamos, a las vivencias de los vecinos de la comarca a través de sus propios testimonios y los recuerdos que guardan en su memoria en relación a la época tratada. De esta forma, cuando se quiera realizar una investigación sobre la zona y el período histórico investigado con fuentes archivísticas y documentales, tales como prensa y documentos administrativos, la parte no escrita de la historia relativa a la vida cotidiana, o escrita

² Eloy Gómez Pellón, «La memoria histórica como política de la historia», en Arsenio Dacosta (ed.), *Antropología e Historia. Intersecciones teóricas*, Ediciones Polifemo, Madrid, 2019, pág. 202.

³ Claudio Hernández Burgos, «La dictadura en los rincones: la historiografía del franquismo y la historia local» *Historia Actual Online*, 36 (2015), pág. 70.

sin demasiados detalles al respecto que se encuentra en dichas fuentes documentales, puede ser complementada con estos testimonios orales. Aunque la oralidad pueda mostrarnos una parte de la historia que no aparezca documentada y sin embargo para comprender algunos detalles necesitemos las fuentes escritas fundamentalmente, no deja de ser de enorme relevancia para alcanzar una visión más amplia del momento histórico y de la vida diaria que se desarrollaba durante el mismo, así como de cómo se sentía entre la población la llegada e implantación del nuevo régimen y las políticas del mismo. Además de esto, cabe destacar que no solamente es importante conocer cómo se desarrolló en sí un acontecimiento o una época del pasado, sino cómo quedó reflejado en la memoria colectiva del grupo humano en el que sucedió.⁴ La muestra de población que va a encontrar el lector de este texto está condicionada por dos factores a tener en cuenta, dado que la misma puede enriquecerse con nuevas investigaciones al respecto. El primero es el acceso a los informantes, mujeres y hombres de una edad ya avanzada dada la época que pretende estudiarse, y que se consigue gracias a la colaboración de los vecinos ante el interés mostrado por el investigador o investigadora y la indagación realizada, y el segundo es relativo al acceso a la propia memoria en sí, es decir que se trate de personas que puedan recordar acontecimientos y vivencias de dicha época y que estén dispuestas a compartir dichos recuerdos en las entrevistas efectuadas. Cabe destacar que en muchos casos a la hora de acercarnos a la memoria oral van a ser las mujeres principalmente las transmisoras de los relatos ligados a la misma, debido al rol que han venido jugando de portadoras de una buena parte de los conocimientos no escritos y la memoria colectiva de una comunidad y que han debido ir pasando de una generación a otra. Además, al acercarnos a la memoria de las mujeres podemos observar ciertos aspectos relativos a la vida cotidiana desarrollada en el ámbito doméstico y los roles en el trabajo, tanto en la casa como en el campo.

Aunque en el texto el lector hallará la utilización de los conceptos de memoria oral, historia oral y fuentes orales para hacer referencia a cuestiones similares o prácticamente idénticas, debemos tener en cuenta primero algunos matices entre los mismos. La memoria oral es la que se transmite de generación en generación por vía no escrita y que suele hacer referencia a hechos del pasado que atañen y son compartidos por una colectividad, pasando a formar parte de su pasado común y su identidad colectiva. La historia oral es una forma de historiografiar el pasado, en este caso un pasado que debe ser no excesivamente lejano dado el condicionante de acercarnos al mismo a través de las personas y su memoria, basada en el uso de las fuentes orales, siendo éstas las que son transmitidas en las entrevistas y que conciernen a la memoria oral, que puede ser individual o compartida, y necesaria para poder trazar historias de vida y la historia colectiva del grupo o de la zona estudiada.

⁴ Alessandro Portelli, «Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli», *Historia y fuente oral*, 1 (1989), pág. 7.

2. LA MEMORIA ORAL COMO RECURSO PARA LA HISTORIA SOCIAL Y LA ANTROPOLOGÍA

Uno de los elementos que han venido siendo una importante fuente de recursos para la historiografía, especialmente la más enfocada en el estudio de aspectos sociales, y para la disciplina antropológica desde el siglo XX hasta la actualidad, es la memoria oral. Entendemos por memoria oral aquella que se trasmite de forma hablada (oralmente, como señalábamos antes), bien durante generaciones o que es en un momento dado transmitida a un investigador por una persona que ha vivido o ha oído hablar de un suceso⁵. La oralidad puede ser de gran utilidad para dos aspectos fundamentales en la investigación historiográfica y antropológica. Por un lado, permite corroborar datos históricos o de carácter social y cultural que están reflejados en documentos escritos existentes en archivos, bibliotecas, hemerotecas, etc., y por otro permite conocer de primera mano, o a través de personas que tuvieron acceso a los testimonios originales, algunos aspectos socioculturales de un determinado grupo humano durante un período histórico pasado, o incluso actual, si tenemos en cuenta que los testimonios orales pueden ser tanto relativos a hechos pasados como a hechos acaecidos recientemente, si bien habitualmente con una cierta distancia del presente inmediato⁶. Logrando una combinación entre las fuentes orales, documentales y visuales, se realizaría lo que Mercedes Vilanova llamó una *Historia sin adjetivos*⁷.

El relato de vida conforma en parte la identidad personal y la conecta con la de la sociedad y la cultura en la que el individuo se sitúa y se desenvuelve⁸. El relato de vida no es en sí una historia de vida, ya que ésta se construye por el investigador mediante el uso del testimonio oral de la persona entrevistada, documentos personales, fotografías y material audiovisual si es posible, y toda clase de elementos que ayuden a constituir una visión amplia y lo más clara posible de la trayectoria vital de esa persona y de la

⁵ Paul Thompson, *La voz del pasado. Historia oral*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1988, pág. 32.

⁶ Cuando los testimonios orales son de primera mano, es decir han sido vividos por la persona que los narra, suelen poseer una gran dosis de veracidad en relación con el hecho acontecido. Cuando son transmitidos, de una generación a la inmediata o durante varias generaciones, la narración que nos llega está condicionada por el hecho de no haber sido ya vivida en primera persona por quienes la transmiten en el momento actual, aunque sin embargo no debemos desecharla como improbable sino contrastarla y tener en cuenta el valor que tiene como forma de creación de una memoria colectiva, en términos de Maurice Halbwachs, basada en los recuerdos de los miembros de una comunidad o colectividad que fragua su identificación como grupo en base a dichos relatos y su transmisión.

⁷ Mercedes Vilanova Ribas, «La historia presente y la historia oral. Relaciones, balances y perspectiva», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 20 (1998), pág. 64. La historiadora catalana, especialista en fuentes orales, declara que prefiere a la adjetivación de las diversas «Historias» (Social, Oral, etc.) este término si se quiere realizar una Historia que sea lo más completa posible.

⁸ María Laura Gili, «La historia oral y la memoria colectiva como herramientas para el registro del pasado», *Revista Tefros*, 8 (2010), pág. 3.

relación que la misma ha tenido con el tiempo histórico en el que ha vivido y con su comunidad.

El relato de vida se constituye de tres elementos fundamentales: el sujeto que lo cuenta, la historia a la que se refiere y el sujeto o grupo de sujetos (audiencia) a los que se dirige y quiere transmitir su historia o la historia a la que está refiriéndose. Cuando tratamos con experiencias que han podido ser amargas para nuestros informantes, tales como el sufrimiento de un conflicto o el padecimiento de hambre, enfermedades o situaciones de exclusión o de represión, el relato puede verse alterado ante la reproducción de estos acontecimientos en la memoria del individuo, que aunque puede incorporar estos elementos a su narrativa sin gran dificultad, haciendo que el relato parezca más humano, comprobaremos cómo algunas personas intentarán borrar estos hechos de su memoria y abreviarán el relato cuando hagan referencia a los mismos⁹.

En el caso de las personas que el autor ha podido entrevistar, ha procurado que la narración comience con los recuerdos más antiguos, relativos en muchas ocasiones a la época de la Segunda República, para continuar con los de la Guerra Civil, la posguerra, el desarrollo del régimen franquista y en ocasiones se rematan con los años de la Transición. Por lo tanto, se puede realizar un recorrido por buena parte del siglo xx en una localidad a través de la narrativa de esa persona, la cual nos va a ofrecer su particular visión y sus particulares recuerdos de dichas etapas ligadas al transcurso de su vida. A través de estos testimonios, además, encontraremos algo que para los antropólogos es fundamental en cuanto a sus investigaciones, las referencias a la cultura de cada grupo humano y cómo ésta se desliza por las narrativas, mostrándonos pautas, conductas y modos de pensar y de actuar que pertenecieron a ese pasado al que hacen referencia, y que han podido tener o no continuidad en el presente¹⁰.

Pasaremos a continuación a mostrar cuál ha venido siendo la relación y el interés mostrado por la Historia Social (Contemporánea) y la Antropología Social y Cultural en España con respecto a los testimonios orales y su análisis como forma de comprender una determinada época y los aspectos socioculturales ligados a la misma. Para ello, debemos comenzar tratando la cuestión relativa a la consideración del tiempo histórico por parte de la disciplina antropológica, la cual pasaría en las décadas centrales del siglo xx de una postura atemporal a tener en cuenta cada vez más, aunque en ocasiones no siempre lo suficiente, el recorrido histórico de la sociedad que se estaba estudiando, especialmente a través de los denominados *estudios de comunidad* por los antropólogos y antropólogas estudiosos de la zona mediterránea, que trataban con

⁹ Arturo Álvarez Roldán, Noelia Martínez Casanova y Sandra Martínez Rossi, *La memoria amenazada. Relatos de vida e historia sociocultural en Puebla de Don Fadrique*, Ediciones Altiplano de Granada, S.L., Puebla de Don Fadrique, Granada, 2008, pág. 23. Manuel Amezcua Martínez, *Lo que cambian los tiempos. Cultura Popular e Historia Oral en Jaén*, Fundación Index, Granada, 2005, pág. 14.

¹⁰ Joxemartin Apalategi Begiristain, *Introducción a la historia oral. Kontzaharrak (cuentos viejos)*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1987, pág. 57.

poblaciones cuya historia estaba recogida en documentos y que además podían añadir a estos documentos la oralidad como técnica de estudio¹¹.

Los primeros antropólogos que se preocupan por el estudio del área mediterránea son fundamentalmente británicos, cercanos muchos de ellos a la Universidad de Oxford y al magisterio de Edward E. Evans-Pritchard, estudioso africanista como gran parte de los antropólogos británicos de su generación, cuyos discípulos comenzarían a mostrar interés por trasladarse a puntos del sur de Europa para realizar su trabajo de campo de cara a la realización de sus tesis doctorales. Este naciente interés se debería a la consideración de los europeos meridionales como miembros de las últimas comunidades verdaderamente campesinas del continente y que podían ofrecer una visión más cercana a las antiguas comunidades que eran estudiadas (visión no exenta en ocasiones de un cierto primitivismo). Sin embargo, cuando estos estudiosos llegan a las comunidades en cuestión, se encuentran con la existencia de fuentes históricas escritas e incluso a veces de eruditos locales, lo que les hará posteriormente plantearse algunas cuestiones respecto a la atemporalidad¹². Si habían tenido una perspectiva atemporal inicialmente al igual que cuando se trasladaban al África Subsahariana, al llegar al Norte de África, al sur de Europa o a Oriente Próximo, la situación variaba en cuanto a la existencia de fuentes escritas que podían dar cuenta de algunos aspectos locales que de otra forma no podían observarse tan fácilmente.

El primero en llegar a una comunidad rural del sur de Europa y toparse con esta realidad, aunque en un primer momento no le prestara especial atención, fue Julian Pitt-Rivers. Este antropólogo realizaría un trabajo de campo bastante considerable, entre 1948 y 1952, en la localidad gaditana de Grazalema. El problema de la conceptualización que estos antropólogos funcionalistas británicos tenían acerca de estas comunidades, es que las mismas constituirían un elemento ciertamente aislado, cuando en realidad la comarca, la región y también la nación jugaban un papel muy importante en la configuración de la realidad social, más del que se pensaba. La perspectiva atemporal que muestra en su obra *The People of the Sierra*, resultado de su investigación y publicada en inglés en 1954, conllevaría a partir de los años setenta una serie de críticas dentro y fuera de la antropología española¹³. El propio Pitt-Rivers intentaría justificarse

¹¹ José Antonio González Alcantud, «Historia y antropología. De la teoría a la metódica pasando por las fuentes», *Gazeta de Antropología*, 9 (1992), pág. 4. Alexandre Coello de la Rosa y Josep Lluís Mateo Dieste, *Elogio de la antropología histórica: enfoques, métodos y aplicaciones al estudio del poder y del colonialismo*, Prensas de la Universidad de Zaragoza y Universitat Oberta de Catalunya, Zaragoza, 2016, pág. 37.

¹² Enrique Luque Baena, «Contra-tiempos antropológicos», *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, 66 (1994), pág. 40.

¹³ Las críticas a la obra de Pitt-Rivers tanto dentro como fuera de España no han impedido, sin embargo, el respeto y admiración que le han brindado muchos antropólogos tanto españoles como foráneos, y su análisis en el que no aparece abiertamente la tensión entre clases (aspecto criticado por autores como Ginés Serrán Pagán, Oriol Prunés, David Gilmore o Eric Hobsbawm), se debe más a los planteamientos del funcionalismo británico y su enfoque en el denominado «presente etnográfico» que en la propia

y abandonaría paulatinamente la atemporalidad, gracias también a las aportaciones de su maestro Evans-Pritchard¹⁴ acerca de la necesidad de tener en cuenta la Historia y a su amigo el historiador social y etnólogo español Julio Caro Baroja¹⁵, pionero en el interés por la disciplina antropológica aunque fuera del ámbito académico.

El resto de antropólogos y antropólogas foráneos llegados a España durante los años sesenta y setenta irían tomando también conciencia de esta necesidad, a medida que observaban que hechos del pasado reciente como la Segunda República, la Guerra Civil y la posguerra, tenían suma importancia para comprender el estado actual de las comunidades en las que realizaban su trabajo de campo. Así, podemos destacar casos como el de George Collier, que acompañado de su esposa, la también antropóloga Jane Collier, llegó a una localidad de la sierra onubense a la que denominaron *Los Olivos*, sobre la cual realizaron una investigación acerca de diversos aspectos de la vida local, y sobre la que posteriormente investigaría acerca de los socialistas locales, su represión y su legado a lo largo del tiempo. El tiempo histórico iba a ir adquiriendo cada vez una mayor importancia, hasta llegar a la creación de obras como *Los anarquistas de Casas Viejas*, del antropólogo Jerome Mintz, en la cual se sirvió de la memoria oral para reconstruir y desmitificar los hechos acontecidos en dicha localidad en 1933. Estos antropólogos comienzan a discernir de una de las premisas del funcionalismo estructural, como era la búsqueda más exhaustiva de los elementos cohesionadores de los que no lo eran en la organización de la comunidad. Así, se daba más importancia al consenso que al conflicto, lo que dificultaba en casos como el español descubrir algunas de las características más importantes del funcionamiento de la jerarquización social y la política en las zonas rurales en la época, como es el caso que se achaca a la obra de Pitt-Rivers; los elementos compartidos por el *ethos* o visión común de los habitantes de la comunidad eran más atendidos que las fricciones existentes entre dichos habitantes, aunque estas fueran fundamentales para comprender el funcionamiento de algunas dinámicas y en ocasiones se vinieran produciendo desde el pasado durante generaciones.

Esta visión se iría superando con el tiempo, en gran parte gracias a las aportaciones de autores como Gerald Brenan y Caro Baroja, quienes iban a ir añadiendo perspectivas históricas a sus investigaciones e influyendo en las jóvenes generaciones

voluntad del autor, ya que este estaba interesado en el estudio del anarquismo. También tenemos que añadirle el haber llegado durante la posguerra para realizar su investigación.

¹⁴ Este antropólogo iba a renovar su visión acerca del análisis de las sociedades cuando comprendió la importancia de tener en cuenta el tiempo histórico en las investigaciones sobre las sociedades meridionales europeas, como harían con el tiempo sus discípulos, Pitt-Rivers entre ellos.

¹⁵ Julio Caro Baroja supone el mejor ejemplo en el marco de la España de posguerra de imbricación entre interés por la Historia Social e interés por la Etnología, en una época en la que éste era escaso en el panorama intelectual del país.

de historiadores sociales y de antropólogos¹⁶. El antropólogo Carmelo Lisón Tolosana, en su obra sobre *Belmonte de los Caballeros* (seudónimo de una localidad aragonesa), publicada en inglés en 1966, iba a ser uno de los pocos en tratar el fenómeno de las divisiones sociales y la impronta del anarquismo en la política local. Cabe destacar también el interés que ofrece por el anarquismo en el Aragón rural la obra *Remaking Ibioca: Rural Life in Aragon under Franco* (1984) de Susan Friend Harding. Algunos historiadores sociales y económicos, durante esos años y después, una vez que el régimen franquista iba tocando a su fin, irían estudiando y analizando las problemáticas sociales en el campo andaluz, el aragonés o el catalán. Podemos destacar entre estos autores y autoras a Joan Martínez Alier, Antonio Miguel Bernal, Edward Malefakis o Temma Kaplan.

En cuanto a los antropólogos españoles, el interés por mostrar un análisis con contenido histórico a la par que etnográfico en sus monografías se evidencia en obras pioneras, especialmente las realizadas en Andalucía, como *Propiedad, clases sociales y hermandades en la Baja Andalucía* (1972) de Isidoro Moreno, *Estudio antropológico social de un pueblo del Sur* (1974) de Enrique Luque, *Biografía de un campesino andaluz* (1978), de Alfredo Jiménez Núñez, o *Mecina (la cambiante estructura social de un pueblo de la Alpujarra)* (1979) de Pío Navarro Alcalá-Zamora.

Entre estas obras, podemos destacar por el interés que despierta para nuestras investigaciones la obra de Alfredo Jiménez Núñez, la cual nos muestra el transcurso del siglo xx en la localidad sevillana de Villamanrique de la Condesa a través de la biografía de un campesino, vecino de dicha localidad. En esta ocasión, el individuo es tomado como representante de la comunidad a la que pertenece a la hora de narrar la historia reciente de la misma. El libro concluye con un capítulo dedicado a «la historia oral como etnografía», en el que el autor pone de manifiesto su interés en relacionar la Historia con la Antropología, mediante la utilización de los testimonios orales y las historias de vida como forma de hacer una incursión en el pasado de la comunidad, tal y como se estaba haciendo en la *Bancroft Library* de la Universidad de California en Berkeley, o el Programa de Historia Oral del Departamento de Etnología y Antropología Social del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México¹⁷.

Además de los historiadores sociales y los antropólogos que comenzaban a realizar sus investigaciones sobre España, iba a llegar al sur del país un historiador especializado en historia oral que aportaría novedades considerables, como era Ronald Fraser. Durante el tardofranquismo realizaría un estudio sobre la República, la Guerra Civil y el franquismo en la localidad malagueña de Mijas (a la que llamaría *Tajos* en su

¹⁶ George Collier, *Socialistas de la Andalucía rural. Los revolucionarios olvidados de la Segunda República*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1997, pág. 19.

¹⁷ Alfredo Jiménez Núñez, *Biografía de un campesino andaluz. La historia oral como etnografía*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1978, pág. 192.

monografía, publicada originalmente en 1973), mediante testimonios orales, y sobre el alcalde republicano de esta localidad. La obra sobre Mijas incluye un gran número de estos testimonios narrados por diversos vecinos de la localidad, de diferentes edades y profesiones. La obra más conocida de Fraser iba a ser, sin embargo, *Blood of Spain: the experience of Civil War, 1936-1939* (1979), traducida al castellano como *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española* (1980). En esta obra selecciona varios cientos de entrevistas realizadas a supervivientes del conflicto para conformar una visión general del mismo y de su persistencia en la memoria individual y colectiva. La obra de Fraser va a influir en los primeros historiadores españoles que, interesados en lo social, se van a comenzar a acercar a las fuentes orales, entre los que destaca Mercedes Vilanova Ribas. Esta historiadora, pionera en la historiografía española de los años sesenta y setenta en el uso de las fuentes orales para sus investigaciones, va a estudiar entre otros temas el voto durante la Segunda República y el analfabetismo en España. A través del uso de las fuentes orales pudo comprobar cómo muchos militantes de izquierdas pudieron librarse de la represión franquista debido a que al ser analfabetos pudieron pasar más desapercibidos. La oralidad va a permitir también que algunos de los mitos creados en torno a acontecimientos del pasado, especialmente relativos a los años treinta, se vean matizados y cuestionados a la luz de las aportaciones de los testimonios de las personas que los vivieron de primera mano¹⁸.

A partir de esta época se han realizado algunos estudios de interés sobre la memoria oral en España, especialmente en zonas rurales. En ellos la Historia y la Antropología han establecido algunos puntos de encuentro y diálogos entre sí, y como muestra de esto podemos señalar en este apartado dos obras sobre Andalucía oriental, como son *Canteros y caciques en la lucha por el mármol. Macael: Etnología e Historia Oral* (1990) de José Antonio González Alcantud, y *La memoria amenazada. Relatos de vida e historia sociocultural de Puebla de Don Fadrique* (2008) de Arturo Álvarez Roldán, Noelia Martínez Casanova y Sandra Martínez Rossi. José Antonio González Alcantud encabezó un proyecto de investigación sobre la memoria oral ligada a la Alhambra de Granada, en el que se trataba la relación entre los habitantes de la ciudad, los habitantes y trabajadores del monumento y el propio monumento, así como su significado a nivel local. En el marco del interés por la que se ha venido denominando como memoria histórica y democrática en el contexto español, podemos destacar la obra *El pasado bajo tierra: exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil* (2014) de Francisco Ferrándiz. La represión de los españoles exiliados en los campos de concentración va a ser otra cuestión que irá despertando un mayor interés y se podrán conocer más detalles al respecto a través de la memoria de los supervivientes y sus historias de vida.

¹⁸ José A. González Alcantud, «El retorno a la experiencia. La oralidad como técnica política entre la Historia y la Antropología», en José Antonio González Alcantud (ed.), *El rapto de la Historia. Introducción a un debate con la Antropología*, Universidad de Granada, Granada, 2019, pág. 342.

3. LA ALPUJARRA ALTA: SITUACIÓN Y CONTEXTO DURANTE LA GUERRA CIVIL (1936 – 1939)

Al estallar la Guerra Civil en el mes de julio de 1936 la comarca alpujarreña, en su vertiente granadina, queda dividida entre la zona sublevada y la republicana, existiendo un frente situado en la zona de la Sierra de Lújar y la Contraviesa¹⁹, hasta llegar a las cumbres de Sierra Nevada. La Alpujarra Alta queda, principalmente, en manos de los sublevados, que no tardan en hacerse con el control de la zona. Las zonas más cercanas a la costa irían cayendo a lo largo de 1937 en adelante, y en algunas zonas del interior montañoso en las que el frente había quedado establecido, la situación no variaría mucho hasta el final de la guerra. Algunas localidades del área de la Contraviesa serán tomadas ya al término del conflicto. Durante el transcurso de la guerra van a tener lugar diversas acciones represivas, actitudes iconoclastas y anticlericales y desaparición de archivos²⁰. El antropólogo y sociólogo Pío Navarro Alcalá-Zamora señala una tendencia a la «indiferencia política», es decir a no tener un especial interés por los asuntos y los partidos políticos más allá de lo local (aspecto que trata Gerald Brenan en un capítulo de su obra *Al sur de Granada*), lo cual habría suavizado, en el caso de algunos pueblos como Mecina, la represión propia de otros lugares durante la guerra y la posguerra²¹. La existencia de un frente marca la vida cotidiana de muchas localidades, aunque por regla general los pueblos situados a mayor altitud no ofrecen una especial resistencia a los sublevados, y en todo caso sufren algún intento de incursión en el territorio rebelde por parte de las fuerzas republicanas. Los habitantes sospechosos de ser republicanos o que lo son notoriamente son habitualmente represaliados en el Barranco del Carrizal (término municipal de Órgiva), en las tapias del cementerio local o en lugares algo apartados del municipio. En el caso republicano existen algunos casos también de represión y de pillaje en pueblos y cortijos para abastecerse. En determinados casos, los municipios en manos de los sublevados se llenan de improvisados cuarteles de militares y falangistas, como es el caso de Capileira. A continuación exponemos algunos testimonios, bien de primera mano o transmitidos oralmente, relativos a estos hechos. Los informantes cuyos testimonios aparecen son María, vecina de Capileira nacida en 1927; Ana, vecina de Granada pero nacida en Capileira en 1929, localidad en la que pasó su infancia y juventud; Carmen, cuñada de Ana y nacida en Capileira en 1929, la cual marchó del pueblo siendo niña y actualmente es vecina de Granada; Eugenio,

¹⁹ Fernando Alcalde Rodríguez, Juan José Ayala Carbonero, Manuel Cañadas Jiménez y Antonio José Pérez Salguero, *La Guerra en la Sierra de Lújar. Itinerarios por los restos del Frente Sur de la Provincia de Granada*, Ayuntamiento de Motril y Diputación de Granada, Granada, 2016, pág. 54.

²⁰ Jean-Christian Spahni, *La Alpujarra, la Andalucía secreta*, Editorial Comares, Granada, 2010 [primera ed. en francés 1959], pág. 58.

²¹ Pío Navarro Alcalá-Zamora, *Mecina (la cambiante estructura social de un pueblo de la Alpujarra)*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1979, pág. 298.

vecino de Capilerilla (Pitres), donde nació en 1929; Modesto, vecino de Trevélez, donde nació en 1935 y Emilio, vecino de Trevélez, donde nació en 1943. Los oficios a los que se han dedicado a lo largo de sus vidas han tenido que ver fundamentalmente con las tareas agrícolas, en el caso de los hombres, y con las tareas domésticas, en el caso de las mujeres, aunque en ocasiones también con las agrícolas. Además de estas ocupaciones, en el caso de Ana ha regentado una tienda y en el caso de Emilio un hostel. Las ocupaciones de los habitantes de la comarca han ido variando con el paso de los años, adquiriendo el sector servicios una cada vez mayor importancia dado el interés turístico, pero en la época que nos ocupa las principales fuentes de riqueza y de sustento para las familias eran, como habían venido siendo tradicionalmente, las tareas relacionadas con el sector primario, principalmente la agricultura y la ganadería, siendo de gran importancia la labor llevada a cabo tanto en el propio municipio como en los cortijos. Pasamos a continuación a mostrar y profundizar en los testimonios, comenzando con los relativos a la Guerra Civil.

Los soldados tenían su cuartel. La Comandancia era la casa del Doctor Castilla. La casa de Doña Nieves era otro cuartel. La casa del estanco era donde estaba la Intendencia, en otra casa vivían los ingenieros y los soldados. Lo que había era unos que se juntaron, unos requetés, otros falanges [falangistas], y esos eran más malos que todos los que venían de por ahí. Salía la gente a trabajar y salían ellos al camino y se los llevaban a trabajar a donde ellos querían, y a donde tenían que ir a trabajar no podían ir. Si llevaban una navaja para comerse la *mijilla* de tocino que llevaban para la merienda, se la quitaban. A esos los pusieron en las casas, y había uno que se quejaba, que decía que no se iba a otra casa para comer puchero, porque todos éramos pobres entonces. En cada salida que tenía el pueblo, había uno puesto para que no pasaran. Tenían que ir a donde ellos querían. Daño no hicieron mucho, en el pueblo no. Igual a alguno que se entregaba sí. A un tío mío, que era hermano de mi madre, lo tuvimos tres días escondido en un pajar, tapado con piedras. Yo estaba muy chica, pero me acuerdo de eso. Porque querían que mi tío fuera a pegar tiros y a anudar muertos y a enterrarlos, y mi tío era un hombre muy bueno y no quería hacerle daño a nadie.

María (Capileira, 1927)

La guerra aquí fue de mucho soldado, y estuvieron también en Pitres. Aquí en las casas de los ricos que se fueron huyendo de los rojos, como les decían, se metieron los soldados. En todas las casas de ricos se metieron. Cuartel no había. Esto lo cogieron los fascistas, aquí había falangistas. Y luego vinieron los soldados, militares, que no eran de aquí, vinieron hasta alemanes, que una hija de Doña Nieves que estaba en Granada de enfermera se casó con un alemán que había estado aquí. Aquí los rojos se quitaron de en medio, porque iban por las calles armando ruido las comunistas, y entonces el alcalde y Falange que había aquí las pillaron y las raparon, por ir gritando por la calle y tirándoles a los de derechas. Y ya había un silencio aquí... Había muchos soldados, camiones venían. Primero los falangistas estuvieron aquí. [...] A los fusilados los llevaban y los enterraban en el Barranco del Carrizal, aquí no enterraban muchos, unos sí que hicieron una zanja en el cementerio y allí los echaban,

pero pocos, los llevaban todos para allí. Los rojos estaban en la sierra que va a Trevélez, y llegaban a los pueblos y registraban y se llevaban los jamones y lo que podían. [...] Aquí una vez que pasó la guerra se quedó todo en paz, no siguieron matando, pero en otros sitios sí, se vengaron.

Ana (Capileira, 1929)

Podemos observar cómo en casos como este los pueblos son ocupados por soldados que se instalan en las casas de los más pudientes que han huido ante el miedo a un estallido revolucionario. Dichas casas sirven de cuarteles provisionales y se organizan las fuerzas militares que se van a encargar de la ofensiva. La zona es tomada sin mucha demora por parte de los sublevados, estableciéndose un frente no muy lejos, hacia Trevélez, localidad que va a pasar de manos republicanas a sublevadas para volver a manos republicanas hasta ser tomado por las tropas franquistas casi al final de la guerra. Observamos cómo existen fuerzas locales con un trasfondo político, como requetés y falangistas, aunque cabe preguntarse hasta qué punto la adscripción a este tipo de milicias se debe a un interés por obtener una posición dentro del nuevo orden impuesto por los sublevados o si se conoce realmente la doctrina tradicionalista y la nacionalsindicalista. Tanto ellos como otros habitantes se van a encargar de llevar a cabo la represión, que se desarrolla fundamentalmente en el Barranco del Carrizal, a veces obligados a ello.

En algunas localidades como Capileira parte de los vecinos se tienen que trasladar a otros lugares alejados en busca de trabajo, como es el caso de la capital granadina o la campiña cordobesa, territorios ambos en manos de los sublevados. En el caso de Capilerilla (Pitres) y otras localidades de la zona, huyendo de los bombardeos del frente.

Antes de la guerra había mucha miseria, no había mucho. Pero casi todos tenían un poco de tierra, si no era de ellos era arrendada. Pero como cuando la guerra no había trabajo, nos fuimos a Baena en el segundo año de guerra. Mis padres salieron fuera como otra gente del pueblo porque allí no había entonces trabajo y dio la casualidad de que en Baena sí había trabajo y se quedaron ahí, y ahí nos criamos.

Carmen (Capileira, 1929)

De la guerra me acuerdo, que vinieron los falanges. Eran soldados, pero les llamaban falanges, del ejército. Eran de los nacionales. Los otros venían por el cementerio de Pórtugos, por ahí venían los rojos para acá. Y los falanges que estaban ahí apostados, cuando vieron que ya venían los otros para acá, empezaron... Y ya nosotros, mis padres y mis tíos y yo pillamos el camino y nos fuimos de aquí, más que nada por los cañonazos que venían aquí, a Pitres y a todos estos pueblos. Los cañones estaban uno en el Cerro Corona y otros dos o tres en el Conjuero, y la gente se fue de aquí, nada más que quedaron mis dos abuelos y otros tres vecinos más, nada más que cinco personas, los demás huyeron para donde los nacionales. Fuimos a parar a Órgiva, a Soportújar, y a esos pueblos de por allá. A mi abuelo materno lo mataron los rojos porque no quería que entraran en las casas de los hijos, y en Pórtugos lo mataron. Pero además de a él no mataron aquí a nadie más, ni los rojos ni los nacionales. Des-

pués de la guerra tampoco, fusilaron a mucha gente, pero aquí no. Fusilaron a uno de Pórtugos, pero nada más. En Órgiva sí, fusilaron a ciento y pico personas.

Eugenio (Capilerilla - La Taha, 1929).

Un hecho a destacar es la presencia de tropas marroquíes en la comarca, traídas por los sublevados, que debieron ser retiradas por no poder soportar el frío de la zona, caso que se recuerda en Capileira y la zona de Pitres.

A los moros los traían a algunos atravesados en un mulo, y yo era chica y entonces íbamos a verlos. Eso creo que fue por Franco, que tenía amistad con ellos. Aquí trajo a unos pocos. Los trajeron casi al final de la guerra y se murieron casi todos aquí, porque se helaron. Había entonces unos inviernos muy crudos, y los traían en mulos, atados.

Ana (Capileira, 1929)

Trajeron moros cuando la guerra y después. Los subían a lo alto de la sierra, pero como ellos vienen de un terreno cálido se les gangrenaban las piernas y el cuerpo entero del frío, y tuvieron que llevárselos. Cuando acabó la guerra vinieron otra vez aquí a Pitres y estuvieron un poco tiempo, en el cuartel de la Guardia Civil que estaba allí.

Eugenio (Capilerilla - La Taha, 1929)

Algunos pueblos, como es el caso de Trevélez, caen primero en unas manos y luego en otras. En ocasiones el frente fluctúa y en otras se establece hasta el final de la guerra. La prensa granadina de la época, los diarios *Idealy Patria*, van dando cuenta de los acontecimientos. Algunos vecinos son encarcelados por su supuesta relación con los miembros del otro bando y son posteriormente resarcidos a su vuelta, en ocasiones con cargos elevados, pasando de una posición más humilde a formar parte de las «fuerzas vivas», entre las que solemos encontrar al alcalde, el párroco, el jefe local de Falange, autoridades militares y maestros nacionales. El alcalde debe mostrar fidelidad al Movimiento²², pero sin embargo volvemos a preguntarnos, como ocurría con el caso de los requetés y los falangistas, hasta qué punto llegan los fundamentos de la doctrina oficial a las zonas rurales más alejadas, además de a través de la enseñanza y los eventos celebrados por las organizaciones juveniles de corte falangista y católico, en los casos en los que hallamos las mismas.

Mi abuelo iba con dos mulos a vender cosas del campo a Granada, y por tener el trabajo que tenía tuvo muchos problemas en la guerra. Esto primero estaba por los fascistas, que les decían, y le hicieron unos papeles para poder andar por todo el terreno de los nacionales, y claro cuando esto luego llegó y estaba por los otros y lo pillaron, lo metieron en la cárcel tres años en Almería, los tres años de guerra. Pero

²² Miguel Ángel del Arco Blanco, «“Hombres nuevos”. El personal político del primer franquismo en el mundo rural del sureste español (1936-1951)» *Ayer*, 65 (2007), pág. 253.

es que se llevaron a mi madre también con diecisiete años a la cárcel, y se iban a llevar tres hijas que tenía [su abuelo], pero las informaron y una de ellas dijo que estaba mala y que otra se tenía que quedar cuidándola. Mi madre no estuvo mucho tiempo, porque una muchacha con diecisiete años, ¿qué podía haber hecho? Mi abuelo sí estuvo los tres años, y le tenían que llevar de comer, si no se hubiese muerto. Luego cuando volvió después de terminar la guerra lo hicieron alcalde del pueblo.

Emilio (Trevélez, 1943)

4. ASPECTOS SOCIOCULTURALES DE LA POSGUERRA EN LA ALTA ALPUJARRA A TRAVÉS DE LOS TESTIMONIOS ORALES (1939 – 1952)

Hay dos factores que marcan la vida cotidiana de los habitantes de estos pueblos, el trabajo y el tiempo de esparcimiento. El trabajo en el campo se extiende a lo largo de la jornada, mientras que el ocio se desarrolla después de las labores, en la noche o en ocasiones especiales, como el ámbito ritual-festivo (fiestas patronales, Carnaval, etc.). Las fiestas y la religiosidad, si bien siguen las pautas tradicionales, son un objetivo predilecto del nuevo régimen, y las fiestas como el Carnaval son puestas bajo observancia o directamente prohibidas. La religiosidad se va a ver enaltecida habitualmente con una celebración recurrente de oficios religiosos y procesiones, en ocasiones dedicadas a conmemorar la «Cruzada» (Guerra Civil) y a los caídos, en concordancia con los ideales del nacionalcatolicismo²³. En cuanto al Carnaval, los alpujarreños continúan en la medida de lo posible celebrándolo, a pesar de las prohibiciones, así como otras festividades de carácter satírico, que pueden estar unidas en algunos casos al calendario religioso. La escasez, el duro trabajo y las prohibiciones no impiden ni merman el ánimo festivo.

Iba a trabajar a donde me llamaban. Era ya grandecilla, tenía quince años, y ya iba yo a ganar jornales por ahí, y me pagaban lo mismo que a los hombres. Y había hombres parados y a mí me sobraba el trabajo. A veces venían unos de Bubión y me decían: —Búscame una cuadrilla, pero que sea de las que tú buscas. Y les buscaba gente trabajadora, trabajábamos todas. De las que yo buscara, esas trabajaban todas. Íbamos *zagalillas* igual que yo. Sembrábamos habichuelas, labrábamos trigo, maíz, todo eso. Cuando ya estuve casada también segaba. Segábamos con una hoz muy grande, que la tengo por ahí.

Hacíamos baile en las casas, en las casas de amigos. Nos juntábamos los vecinos. Entre todas las muchachas y muchachos comprábamos el vino. Y los viejos se sentaban en la lumbre a tomarse un *vasico* de vino. Y nosotros allí pegando saltos, unas veces tocaban bien [los músicos] y otras no tanto. Uno tocaba el acordeón y no sabía

²³ Miguel Ángel del Arco Blanco, «El secreto del consenso en el régimen franquista: cultura de la victoria, represión y hambre», *Ayer*, 76 (2009), pág. 247.

mucho. Y nosotros, fuera rumba o lo que fuera, bailábamos. Luego hacían rosetas [palomitas de maíz] y nos las comíamos. Si íbamos a una casa donde no había baile, echábamos juegos. Pero veníamos de estar hartas de todo el día sembrando garbanzos, las tres o cuatro muchachas que veníamos siempre juntas.

María (Capileira, 1927)

En este testimonio podemos destacar diversas cuestiones. Primero, la especial mención que se hace al trabajo en el campo como factor principal de la vida cotidiana y de la forma de sustento, tanto cuando el individuo es soltero como cuando se casa. Las mujeres trabajan con el mismo afán que los hombres (o incluso a veces, como se deduce de las palabras de la informante, más), y encontramos algo poco habitual en cuanto al trabajo femenino en la España franquista, como es el hecho de que la mujer cobre más que el hombre por realizar un mismo trabajo. Debe tenerse en cuenta lo excepcional de este hecho y el factor de la necesidad de mano de obra femenina, a ser posible lo más «cualificada» y eficiente que sea posible, en un entorno rural montañoso y alejado, donde la población no es tan numerosa como en otras zonas y las tareas agrícolas deben compartirse para poder mantener el sustento de los vecinos de la comunidad en su conjunto. Segundo, un aspecto recurrente en los testimonios orales de las zonas rurales es la mención a la capacidad de los trabajadores agrícolas de compaginar su ardua tarea con los momentos de ocio (bailes, fiestas, etc.), de manera que los jóvenes socializan no solamente en el momento del trabajo sino también, y muy especialmente, durante los momentos lúdicos posteriores a la jornada laboral. Así, lo lúdico rompe de alguna manera con lo cotidiano que tiene el trabajo diario pero a la vez se inserta en dicha cotidianidad al ser habituales. Sólo las fiestas de carácter más oficial, como las patronales o las ligadas al ámbito ritual-festivo religioso, suponen una verdadera ruptura con lo cotidiano, convirtiéndose en momentos excepcionales de celebración y sentido comunitario.

Los bailes se hacían en unos salones que había que alquilaban, en las casas, y allí pagaba el que quería formar un baile y lo hacían. Mi padre tenía una gramola y lo llamaban y la gente bailaba. Luego había guitarras, y se alquilaban e iban y tocaban. Se ponían las muchachas sentadas alrededor del salón y los muchachos les pedían salir a bailar, y si te gustaba el muchacho le decías que sí y si no le decías que ya estabas comprometida. [...] Antes para las fiestas venían los músicos y como venían varios días los alojaban en las casas. Venían los músicos de Cañar y esa parte.

Se hacían fiestas de moros y cristianos, iban con caballos y corriendo por las calles, y llegaban en las plazas y luchaban unos con otros. Eso lo estuvieron haciendo hasta que estaba yo ya grandecita, pero ya lo quitaron. Y hacían también corridas de cintas, en caballos, que era precioso. Las chicas que sabían bordar bordaban las cintas y luego las colgaban, y venían corriendo con los caballos y cogían la cinta, y había corridas de sacos. Entonces, sin haber dinero ni nada, había mejores fiestas que ahora. Había Carnaval, que una vez me vestí yo, que había venido José [su marido] de la mili, y los soldados no se podían traer el uniforme, lo tenían que entregar, pero él estaba de asistente con un coronel, y era regular [estaba haciendo el servicio militar en Melilla] y era muy bonito el traje, y se lo traje, y yo me vestí con él en un

Carnaval. Eso no estaba aquí visto. Me pintaron un bigote, que no había ni con qué pintar, con un corcho quemado, y con el gorro puesto y el traje.

Ana (Capileira, 1929)

Este testimonio nos muestra algunas cuestiones de gran interés relativas al ámbito del ritual festivo. Las fiestas de moros y cristianos siguen siendo importantes en el calendario festivo de la comarca, y en ocasiones las carreras de cintas, que servían, igual que los bailes, para establecer noviazgos, se siguen celebrando. En el caso de Capileira, a excepción de las fiestas patronales en honor a la Virgen de la Cabeza, dichas celebraciones se dejaron de realizar hace décadas, si bien en otras localidades como la vecina Bubión se recuperaron durante la transición democrática. Un aspecto destacable es el hecho de conservarse el Carnaval durante la posguerra, en los años de juventud de la informante, y con él la inversión de roles sociales y de género que lleva ligada. Así, un hecho que en un pueblo más grande o en una capital hubiera sido poco menos que impensable, como el que una chica joven se disfrazara de soldado con la ropa de su novio y pudiera salir así a la calle a vista de todos, da una buena idea de cómo en las zonas rurales más alejadas de los grandes núcleos urbanos, en los cuales el peso del régimen y de la moral y doctrina oficiales sería más férreo, pudieron mantenerse formas de ocio y ritualidad festiva que estaban muy vigiladas y prohibidas en otros ámbitos. En lugares aún más alejados, como los cortijos, este tipo de celebraciones gozaron en ocasiones de continuidad durante el régimen, teniendo en cuenta que la restricción principal era la de taparse la cara.

Antes había aquí más fiestas que ahora, y no se bebe como ahora, se bebía vino que es lo que existía. En invierno se hacían bailes todas las noches, donde había un comedor pues quitaban la mesa y a lo mejor se juntaban quince o veinte muchachas que había, mozuelas, y otros quince o veinte hombres y bailaban, unos días en un lado, otros días en otro, para no molestar siempre al mismo. Venían acordeones y bandurrias también. No cobraban nada los *tocaores* tampoco, unas veces tocaban unos y otras veces tocaban otros, para divertirse, pero de cobrar nada. Sabían tocar de todo.

Eugenio (Capilerilla – La Taha, 1929)

Trevélez era entonces la mitad de pequeño, pero había el doble de habitantes. La gente se dedicaba al campo, aquí se cultivaba de todo. Se sembraba por todos lados, hasta en lo alto de la sierra. [...] Había cuatro escuelas, dos de niñas y dos de niños. [...] Las fiestas que había eran las de San Antonio, las del pueblo, se hacía una procesión y los festejos de moros y cristianos, corridas de cintas, lo que ha existido siempre.

El baile se hacía por la noche. Se tocaban bandurria, laúd, guitarra y violín. Yo tocaba, y tocaba también el acordeón. Se tocaba de todo: pasodobles, vals, rumbas, mazurcas, tangos...

Modesto (Trevélez, 1935)

Como puede observarse, los bailes, realizados habitualmente de noche, sirven para congregarse a los jóvenes del pueblo en un espacio común donde se divierten y sociali-

zan, suponiendo un espacio ideal para el establecimiento de lazos de amistad más allá de la jornada laboral y de noviazgos, que según el ideal de la época debían terminar en matrimonios. Solía haber en los pueblos algunos vecinos especializados en tocar algún instrumento o varios, además de alguna banda de música o rondalla ocasional para amenizar las fiestas. A los músicos locales que tocaban en los bailes nocturnos a veces se les pagaba y a veces no, en función de lo que pidieran, sirviéndoles algo para agradecerles su participación en los mismos. La música que se tocaba, habitualmente bailes «agarrados» (pasadobles, valsos, mazurcas, tangos, etc.) eran o bien aprendidos de unos a otros o bien aprendidos por haberlos escuchado en la radio.

Durante los años de posguerra, permanecieron en las sierras algunos combatientes antifranquistas y personas huidas del régimen, que eran conocidas habitualmente como «la gente de la sierra» o «los maquis». Solían esconderse en refugios y en cuevas, intentado no ser descubiertos por las autoridades. Se organizaban en partidas, las cuales estaban en ocasiones en contacto las unas con las otras²⁴.

Aquí les decíamos «los de la sierra», y bajaban de media noche aquí al pueblo, iban a las barberías, y compraban comida. Mucha gente los veía, y luego los buscaron y no quedó ni uno.

Ana (Capileira, 1929)

Estaba la gente de la sierra que les llamaban, luego les pusieron «los maquis». Se escondían donde podían. A los dos años de acabar la guerra, mi padre compró ovejas, y yo iban con ellas por las sierras esas y veías a cualquier persona y te asustabas. Pensabas que era gente de la sierra.

Eugenio (Capilerilla – La Taha, 1929)

Uno de los sustos más grandes de mi vida fue cuando aquí mataron no sé si fueron dos o tres guardias civiles, los que había en la sierra, a dos kilómetros de aquí, en la sierra. Y claro, yo estaba muy pequeñillo, claro eso creo que era en el 47 y yo nací a finales del 43, estaba chico. Y yo las cosas de los críos, andábamos por todos sitios, y me iba con mi padre, yo me escapé, y venían muchos civiles y yo salí corriendo. Yo entré por debajo de la puerta de mi casa y me escondí debajo de la cama, del miedo que había entonces de las cosas que escuchabas de niño en las conversaciones, y nos asustaban con los civiles. Fue una época muy mala, porque los grandes [los mayores] estaban asustados, y los chicos no te digo nada.

Emilio (Trevélez, 1943)

La escasez acuciante hace que el régimen opte por la creación de unas cartillas de racionamiento, que dan derecho a una cantidad, en la mayor parte de los casos insuficiente, para el abastecimiento de las familias. Paralelamente, se organiza el denominado

²⁴ Francisco Ruiz Esteban, *Los hijos de la noche. La partida de «Yatero» y el maquis granadino*, CajaGranada, Granada, 2008, pág. 32.

«estraperlo», un mercado ilegal donde se obtienen y se venden productos de manera clandestina²⁵. Las políticas autárquicas, promovidas por el régimen durante los años de posguerra, iban dirigidas a conseguir que el país no necesitara de recursos externos para mantener a la población, siguiendo el modelo italiano, y que pudiera producir todo lo necesario, lo cual era tarea difícil. Los años de posguerra, sin embargo, van a pasar a la memoria colectiva como los «años del hambre», debido a la ineficacia de la autarquía y a la necesidad de racionar los productos, lo cual va a promover las prácticas estraperlistas²⁶. En lo que se refiere a la situación del campesinado en general, las relaciones de carácter estructural que le afectaban no van a cambiar sustancialmente con el nuevo régimen, sino que se van a mantener y a salvaguardar las relaciones de desigualdad social propias del campo, aunque en Andalucía oriental al existir una mayor cantidad de pequeños y medianos propietarios las fricciones no van a alcanzar una cota tan elevada como en otras zonas²⁷. El racionamiento va a afectar a productos alimenticios y al tabaco, los cuales van a ser objeto de la práctica del estraperlo.

La gente que trabajaba en el campo fumaba tabaco del que se criaba aquí, que había que cultivarlo a escondidas, estaba vigilado y te denunciaban y te ponían una multa grande. Era obligatorio comprarlo en un estanco, y tampoco podía comprar uno todo el que quería. Era la ración, había que hacerse una cartilla, yo la tuve hecha, y tomabas la ración que te daban. Estaba racionado el tabaco.

Modesto (Trevélez, 1935)

Como podemos observar la vigilancia hacia el cumplimiento del racionamiento llegaba hasta las zonas más alejadas, si bien los propios vecinos se las ingeniaban para saltarse algunas de las restricciones, para evitar así tener que recurrir al estraperlo, que en ocasiones pedía unas cantidades de dinero difícilmente asumibles por parte de la población rural, la cual practicaba una agricultura y ganadería de subsistencia y para obtener un negocio limitado. En la Alpujarra van a jugar un papel muy importante los cortijos en el entramado de las prácticas estraperlistas, al situarse en zonas alejadas de los núcleos urbanos y ser considerados como más seguros ante la vigilancia de las autoridades²⁸.

En mi casa se fue sobreviviendo, y en algunas casas se sobrevivía. En otras se pasaba mucha hambre, porque yo me acuerdo de crío, con doce años estaba guardando

²⁵ Miguel Gómez Oliver y Miguel Ángel del Arco Blanco, «El estraperlo: forma de resistencia y arma de represión en el primer franquismo», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 23 (2005), pág. 181. Miguel Ángel del Arco Blanco y Claudio Hernández Burgos, «Los componentes sociales de la represión franquista: orígenes, duración, espacios y actores», *Historia Actual Online*, 41 (3) (2016), pág. 83.

²⁶ Amando de Miguel, *Sociología del Franquismo*, Editorial Euros, Barcelona, 1975, pág. 53.

²⁷ Francisco Entrena Durán, *Cambios en la construcción social de lo rural. De la autarquía a la globalización*, Editorial Tecnos, Madrid, 1998, pág. 94.

²⁸ Gloria Román Ruiz, «Fraude y contrabando en la provincia de Granada. Geografía del estraperlo y actitudes ciudadanas (1937-1952) », *Historia Actual Online*, 37 (2015), pág. 15.

ganado ya, y me acuerdo de darle yo a algunos de lo que yo llevaba de comer, darles a ellos para que comieran algo. Y yo vi en una ocasión, en una finca de un tío mío, unos zagaes que venían por unos balates de estos de los bancales, escondidos, que estaba mi tío con una gente sembrando habichuelas, y le quitaron la merienda. Mi tío me preguntó y yo no le dije nada. [...] Hubo cartillas, y venía también una mantequilla que decían que la mandaban los americanos, y un queso de bola, que en la escuela a veces nos daban. Tenías que llevar el pan y te untaban una poca de mantequilla de esa o te daban un trocillo de queso. Y había raciones y además un cupo, que si mi padre criaba por ejemplo treinta fanegas de trigo tenía que dar tantas para el gobierno, para repartir. Entonces éramos todos perjudicados, porque el que tenía algo se lo llevaba el Estado para luego dar las raciones, y eran pocas. Había una mujer que se dedicaba a ir a por trigo para el estraperlo a Guadix, andando desde aquí.

Emilio (Trevélez, 1943)

En este testimonio encontramos una clara referencia al hambre en su faceta más acuciante. Si bien en numerosas ocasiones encontramos en las entrevistas referencias a la escasez de alimentos y de recursos, o de casos de sufrir hambre por parte de otros vecinos más humildes, aquí encontramos la escasez debido a los impuestos y al racionamiento y la falta en sí de alimentos, que sufren vecinos que se encuentran en los escalones sociales más humildes y que tienen que recurrir incluso al hurto para abastecerse, actitud que en otras condiciones hubiera sido sancionada por la comunidad con más dureza pero que se deriva de esta situación extrema. Un buen ejemplo de la necesidad de la época es el hecho de que una vecina tuviera que dedicarse al estraperlo yendo a pie desde una localidad situada al otro lado de la sierra hasta Guadix para poder conseguir trigo, lo que, a pesar de la secular necesidad de comerciar con otras localidades del entorno y algunas más alejadas, en otras condiciones no hubiera sido necesario ni se hubiera tenido que arriesgar a ello, dado que las fuerzas del orden podían haberla detenido y haberle quitado la mercancía, imponiéndole algún tipo de sanción. Una vez que la posguerra toca a su fin desaparecen las cartillas de racionamiento (1952) y comienzan a llegar productos y alimentos enviados por los norteamericanos, tales como leche en polvo y queso de bola, que se entregan en las escuelas nacionales a partir de los Pactos de Madrid (1953), por los que España comienza a establecer relaciones con el gobierno estadounidense en el marco de la Guerra Fría. Si bien el país no había podido beneficiarse, como otros países europeos, del *Plan Marshall* que se había propuesto para ayudar a la reconstrucción de Europa tras la Segunda Guerra Mundial, ahora sí podría beneficiarse de la ayuda exterior debido a la nueva coyuntura de la formación de los bloques occidental y soviético tras la guerra. Así, el país que se veía con recelo al haber simpatizado con las potencias del Eje y haber adoptado un sistema dictatorial autoritario tras la Guerra Civil, comenzaba a verse ahora como un potencial aliado con el objetivo común de combatir el comunismo. Por lo tanto, el aislamiento internacional al que se había sometido a la España franquista, con excepciones como la Argentina peronista, iba a dejar paso

a la colaboración con las potencias occidentales y a suponer el final de las políticas autárquicas, el racionamiento y la escasez propia de la posguerra.

5. CONCLUSIONES

Las fuentes orales, como hemos podido observar, suponen un aliciente para conocer más en profundidad los aspectos sociales y culturales de una comunidad o una comarca y su vida cotidiana en una época de su pasado reciente, por lo que resultan de gran interés para los historiadores y los antropólogos como investigadores interesados en el conocimiento de las relaciones humanas y las características de las sociedades y las culturas a lo largo del tiempo. En este estudio se ha presentado una aproximación al uso de estas fuentes para conocer una comarca del sureste peninsular durante un período del siglo xx, que puede servir como base para una ampliación del mismo. Estudios como este pueden llevarse a cabo en otras zonas, a fin de poseer un mapa lo más completo posible de la memoria acerca de la guerra y los «años del hambre» en el resto del país. Aún estamos a tiempo de rescatar los últimos testimonios de esta época de boca de las personas que la vivieron, constituyendo un material irreplicable que ayudará a comprender mejor nuestra Historia. Para esto, la combinación de disciplinas como la Historia y la Antropología y de sus perspectivas se hace necesaria, ya que así podremos tanto obtener un material susceptible de revelarnos partes del pasado como conocer la relación de éste con el presente y la propia evolución que ha sufrido la sociedad y la cultura local, así como el propio territorio. La zona donde se ha realizado esta investigación, al ser de carácter montañoso, puede ayudarnos a comprender cómo se desarrolló la guerra y la posguerra en comarcas serranas, en las cuales fenómenos como la resistencia antifranquista o el estraperlo pudieron desarrollarse de manera prolongada, y donde la moral del régimen llegó aunque se pueden observar resquicios de resistencias cotidianas y con motivo de celebraciones que gozaban de una gran popularidad, como el caso del Carnaval que hemos observado. Así, la historia local, tomando las voces de los vecinos de la zona para conformar un estudio basado en la historia oral, es capaz de mostrarnos cómo fue el transcurrir cotidiano y los principales eventos y celebraciones festivas en las localidades alpujarreñas durante aquellos años, haciéndonos una idea de cómo vivieron sus habitantes la represión, el hambre y la escasez, el racionamiento y el estraperlo o las actividades agrícolas, así como también los momentos de descanso, de ocio y de festejo. Una forma de comprender de manera más clara y más cercana, sin desdeñar las aportaciones documentales que son necesarias para profundizar en el conocimiento del pasado reciente, y complementando a éstas, la forma que tienen las sociedades de sobrevivir y transmitir sus prácticas culturales a lo largo del tiempo, en cualquier tipo de situación.

